
ITINERARIO MENTAL DE JUAN PABLO II EN COLOMBIA

Alejandro Angulo, S. J.

La visita del Papa a Colombia demostró, por su longitud, un grado especial de predilección. Tuvo también una característica benevolencia, al ofrecer un resumen del pensamiento de Juan Pablo II. Sus 29 alocuciones fueron cuidadosamente planeadas para llegar a todos los auditores en los que se puede dividir un país como Colombia: estos grupos abarcaron desde dirigentes hasta reclusos. Se tuvo cuidado de aludir, en cada caso, a las coordenadas de lugar y tiempo bien conocidas por los asistentes.

El Papa habló a los sacerdotes sobre la fidelidad al ministerio sacerdotal, a los dirigentes políticos sobre la inspiración evangélica en la organización de la sociedad, a los obispos sobre su tarea de reunir la Iglesia, a los jóvenes sobre la esperanza que en ellos funda la religión, a los laicos sobre la vocación laical en la Iglesia. Y a todos, de una manera general, exhortó a la construcción de la paz de Cristo, al establecimiento de la justicia, al servicio de los pobres, a la religiosidad y a la reconciliación.

Tan amplio menú tiene, como lo muestran las autocitas, dos platos fuertes: la doctrina sobre el trabajo y la enseñanza sobre el Espíritu Santo. Las dos ideas, elaboradas en sendas encíclicas, permiten al Papa construir toda su teoría sobre la justicia y la paz. En torno a ellas vienen las exhortaciones a los eclesiásticos sobre el tipo ideal del sacerdote y a los demás cristianos sobre el modelo ideal de la familia. Tanto la institución eclesiástica, como la institución familiar se deben poner como meta la reconstrucción de la paz.

Definida su tarea como una marcha con la paz de Cristo, por los caminos de Colombia, el Pontífice arranca en un esfuerzo de clarificación de relaciones entre todos los niveles sociales. Su clave de interpretación es simple: los hombres sólo hallarán la paz entre ellos, si logran encontrar la paz con Dios.

El Espíritu Santo

No se le oculta a Juan Pablo II que detrás de la guerrilla y su terrorismo, tal como se presentan en Colombia, hay una profunda añoranza de justicia. Pero tampoco se le escapa que una injusticia no se puede abolir con otra. Por eso, antes de referirse a las conflictivas situaciones del trabajo, el Papa elabora su idea de la paz de Cristo como *la salvación de nuestro Dios*. No puede haber paz en la sociedad, si no la hay antes en cada corazón y en cada familia. Y esa paz de Jesús es un don que transforma al hombre y a la sociedad desde el corazón del hombre mismo. Ese don se llama *Espíritu Santo*.

En último término, el don, o el espíritu, no son más que la presencia del amor en el corazón del hombre. "La paz es fruto del amor: esa paz interior que el hombre cansado busca en la intimidad de su ser".

Acostumbrados a la jerga política y a su versión periodística, muchos colombianos abrigaban la expectativa de las denuncias. Pero el Papa fue mucho más allá que todos los protagonistas del gran Diálogo Nacional, al señalar que la discordia entre los colombianos no se remedia con parches porosos, cuando es, de hecho, síntoma de una disfunción cardíaca. "La violencia que ciega tantas vidas inocentes tiene su origen en el corazón de los hombres. Por eso un corazón que reza de verdad el *Padre nuestro*, que se convierte a Dios, rechazando el pecado, no es capaz de sembrar la muerte entre los hermanos".

En su intuición religiosa Juan Pablo II logra un remedio que no sólo ataca las bacterias guerrilleras, sino que combate ese otro virus que tiene invadido el organismo nacional: el asesinato mafioso. Al definir la violencia como incapacidad para perdonar, el Papa coloca el problema en su perspectiva real.

Aunque más tarde se detenga en las dimensiones de la injusticia, el análisis ya está orientado a una solución eficaz: el rechazo de la violencia como camino hacia cualquier objetivo.

Violencia es, pues, ausencia de amor. Aunque no lo exprese, el Papa sabe por experiencia que la fuerza no ha estado ni puede estar ausente de las relaciones humanas. Todas las organizaciones parten del supuesto de que se requiere una fuerza moral que mantenga el consenso de sus integrantes. Y en el caso de la sociedad civil, tal consenso llega hasta reconocer que cierta fuerza física es indispensable para lograr alguna coherencia entre las libertades individuales. Pero todo grado de fuerza tolerable tiene que ser producto del amor. Si éste desaparece, el abuso de la fuerza es inevitable. Dicho abuso genera la espiral armamentística que parece ser el sello indeleble de la historia humana. Y por ello el Papa no duda en recurrir al amor sobrehumano, al amor de Dios, al Espíritu Santo, como solución al problema de la paz.

El trabajo

La encíclica sobre el trabajo humano es, en realidad, un tratado sobre la dignidad del hombre. En el parque de El Tunal, en medio de un mar humano, Juan Pablo II hizo una síntesis de su carta sobre las relaciones laborales. Dentro de lo que se llama la *doctrina social de la Iglesia*, el documento papal ocupa un lugar preeminente porque rescata el hecho mismo del esfuerzo productivo. Acostumbrados a una interpretación tradicional de los libros sagrados, muchos cristianos miraban el trabajo como "castigo del pecado". Pero el Papa deja claro, de una vez por todas, que mediante el trabajo el hombre realiza su propia dignidad y se hace creador, con Dios, de la Tierra.

El trabajo es el medio de cumplir el mandato divino de dominar la Tierra. Ese mandato es la incorporación del hombre a la obra divina de la creación. Queda, pues, como conclusión que el hombre se relaciona con Dios, en su trabajo. De allí el interés religioso en los problemas laborales.

Pero el interés particular para el Peregrino de la Paz es que en el campo del trabajo es donde se siembra la injusticia. Y ésta acaba con la paz.

Es claro que los niveles de salarios y los índices de empleo demuestran el grado de organización social. Por consiguiente, su deterioro revela, sin más, que la sociedad se está descomponiendo. En Colombia el nivel del deterioro no necesita demostrarse porque los muertos de la violencia indican a dónde ha llegado la disolución de la convivencia humana. Para volver a convertir al país en un lugar habitable es necesario reconocer el derecho al trabajo y retribuir el esfuerzo humano, de cualquier clase, con un salario congruo. Lo cual presupone una organización económica mejor orientada para que realice el bien de todos y no tan sólo el desmesurado enriquecimiento de algunos. Y ello supone, a su vez, una organización política que tenga por meta el bien común y por lema el servicio público.

Juan Pablo II no fue ni parco en palabras, ni ambiguo en sus planteamientos. Si a los obreros les reconoció su derecho al trabajo, a los dirigentes les recordó que hay una *inquietud moral* que se está volviendo física guerra. Ambos tienen una responsabilidad de construir *la civilización del amor*, dentro de la cual la contraseña es solidaridad.

El que los cristianos colombianos no hayan sabido implantar el sistema de la justicia social no es por falta de teoría sino por irresponsabilidad práctica. En el discurso a los dirigentes, Juan Pablo II les recordó cómo desde la visita de Pablo VI, en 1968, estaban en mora de hacer algo para evitar la reanudación de la violencia de los años 50. Y en el discurso a los obreros, invocó el tema de la propiedad privada, martillando sobre su función social: "Nadie debe olvidar que los bienes que Dios ha confiado al hombre tienen *un destino universal* y, por consiguiente, no pueden ser patrimonio exclusivo de pocos, sean estos individuos, grupos o naciones".

Esta obligatoriedad de compartir los bienes, que se viene repitiendo dentro del cristianismo desde su fundador, pasando por los Santos Padres y siendo remachada por Santo Tomás de Aquino en su famoso resumen de la teología católica, no es muy popular en Colombia ni en ningún otro país católico. La familiar convivencia de la Iglesia con el capitalismo y sus pésimas relaciones con los regímenes colectivistas han logrado soslayar la función social y subrayar el uso privado de la propiedad entre católicos. Pero que conste que no es por falta de doctrina sino por renuncia a la práctica. El manoseado

catolicismo colombiano llega hasta el límite de la propiedad privada y allí no valen ni los llamados a la práctica cristiana, ni las exhortaciones a cumplir la Constitución. Se ignora la Carta Magna de la nacionalidad, lo mismo que se desconoce el Evangelio de la cristiandad.

La última esperanza

Por los motivos aludidos, el Papa recurrió a la estrategia de hacerse leer, en Barranquilla, justo antes de salir de Colombia, el famoso texto de San Lucas, cuando Jesús habló en su propia tierra sobre la profecía de Isaías. Este profeta había escrito, mucho antes, que su misión era dar la buena noticia a los pobres, anunciar la libertad a los cautivos y poner en libertad a los oprimidos. Jesús se apropió el texto delante de sus paisanos. Y el resultado es bien conocido: todos en la sinagoga se pusieron furiosos y lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco, con intención de despeñarlo.

La selección de semejante texto como despedida no parece fortuito. Es más bien el correcto empleo del humor amistoso de un profeta. Después de haberle dicho más de una verdad a cada grupo de colombianos, a sabiendas de que todos lo habían oído pues habían salido a las calles para aclamarlo y recibir su bendición (los que no salieron lo vieron en la televisión, durante siete días consecutivos), Juan Pablo II no se hace ilusiones. Una visita papal no cambia nada, si los visitados no vuelven la mirada sobre sí mismos, desprendiéndose de la pantalla chica o del espectáculo callejero, para poner manos a la obra.

El último sermón, antes del discurso de despedida en el aeropuerto, aborda el tema de la reconciliación. "Quiero proclamar en voz alta que esa paz, tan querida y anhelada por todos, *exige la reconciliación*: un renovado abrazo entre el hombre y Dios, entre el hombre y su hermano, entre el hombre y todo lo creado". Y afirma de nuevo lo que ya había dicho en otra carta suya de hace algunos años: que la ruptura entre los hombres es provocada por el desgarramiento interior de cada hombre. Con lo cual vuelve al comienzo puramente religioso del orden social: no se puede ordenar una sociedad sin que cada hombre decida ordenarse a sí mismo.

La sociología y la economía no pueden avanzar en esa dirección porque carecen de los elementos para trazar un camino individual. Para las ciencias del hombre no está permitido sino el camino estadístico. Pero el Papa no tiene esa limitación porque su campo de acción se extiende hasta los límites de las conciencias católicas. Con todo, la penetración de la conciencia es algo que sólo el Espíritu puede realizar. Por eso el Papa, en una suprema y última muestra de respeto a los creyentes colombianos termina su periplo con una solemne invocación al Espíritu para que realice en Colombia *el año de gracia del Señor*, el mismo para el que fuera ungido Isaías, el mismo que realizó Jesús de Nazaret: llevar a cabo la libertad y la liberación de los cautivos y oprimidos.